

UNA INTERESANTE CARTA DEL GENERAL IMPERIALISTA MUNUEL NORIEGA. (1)

Sres. Don Ignacio de la Peza y Don Agustín Pradillo.
Casa de ustedes, Diciembre 31 de 1869.

Señores y estimados compañeros y amigos: Me he impuesto de su interesante "OPUSCULO", en el cual ya ustedes hacen la defensa de mi persona, lo que agradezco con toda mi alma.

Me prometo de nuestra buena amistad no tengan ustedes inconveniente en dar lugar como un apéndice a su apreciable y citado "OPUSCULO", el escrito que en mi defensa tengo el gusto de remitirles adjunto.

Agradecido, quedo como siempre de ustedes, amigo y servidor Q. SS. MM. B.

Mucho tiempo había transcurrido desde los grandes y solemnes acontecimientos que acompañaron a la caída del Imperio, cuando después de pasar por todas las vicisitudes y desgracias consiguientes a la situación excepcional en que me hallara, lo mismo que mis demás compañeros de infortunio,

(1) Tomada del Apéndice de un folleto cuya portada dice: "Maximiliano y los últimos sucesos del Imperio en Querétaro y México; opúsculo en que se refutan las Memorias redactadas por Félix de Salm Salm, escrito por el ex Coronel de Artillería Ignacio de la Peza y el ex Teniente Coronel Agustín Pradillo, único oficial de órdenes del Emperador en Querétaro.—México, 1870.—Imprenta de Ignacio Cumplido.—Rebeldes núm. 2."

recibí el permiso del gobierno para venir a esta capital. Si como son públicas las calamidades que tuve que sufrir y los peligros a que en unión de mi familia me ví expuesto en las ciudades de Puebla y Jalapa, no fuesen sino de aquel género de sucesos comunes en la historia de nuestras contiendas políticas, pero ignorados por la mayor parte de las gentes, lejos estaría siempre de mi ánimo en relatarlos en estas líneas. ¿Qué interés podría tener el público en conocer los pormenores de los aciagos días que han transcurrido para mí desde el memorable 2 de Abril de 1867? El ansia que devora a algunos espíritus mezquinos por llamar la atención de sus contemporáneos, haciendo ostentación hasta de las penas que les cercan en la desgracia, tampoco agita al corazón de un antiguo soldado que jamás tuvo en sus acciones por norte la vanidad, ni en los mejores días de su juventud. ¿Cómo, pues, hoy, de senegañado por una larga experiencia de lo que son los hombres y las cosas, hoy que agobiado por los años toco al fin de mi existencia, pudiera pretender atraer las miradas de mis compatriotas, haciendo mi propio panegírico?

Para honra del antiguo Ejército, a que yo he tenido la de pertenecer, poco son sin duda aquellos de sus miembros que no han seguido una conducta semejante en los momentos en que, no ya los enemigos del pasado régimen, que han tenido más cordura y discreción para apreciar muchos de los últimos sucesos, sino algunos de los mismos partidarios nuestros que de diferentes modos figuraron en aquél, déjense, no sé si candorosa o maliciosamente, sorprender por los propagadores de especies falsas las unas, calumniosas las otras, y adulteradas las más. No han faltado, empero, quienes al abrigo de todo contratiempo, teniendo por valladar nada menos que el océano, y desecando, a lo que creo, exhibirse ante el mundo, digámoslo así, como unos héroes esforzados han dado a la prensa sus folletos, más llenos de esa vanidad de que hablé antes, que de apreciaciones útiles para la historia de la época que refieren. No son, sin embargo, mexicanos los que ocupan el primer lugar entre esos escritores que, sin analizar las verdaderas causas de los sucesos, ni relatar con puntualidad los hechos, andan a porfía, como tratando de hablar el origen de la ruina del Imperio y del trágico fin de su infortunado Jefe, en desaciertos y crímenes que distaron mucho de cometerse, si no fué acaso por esas mismas personas que hoy se empeñan en llamar la atención pública, cual si quisieran

ellas mismas apartar de sí toda sospecha y hacerla recaer sobre los inocentes a quienes vituperan. No son, repito, mexicanos los que han descollado en esa tarea poco envidiable y que también la historia apreciará debidamente algún día. Es un pretencioso y ridículo aventurero, un hombre de cuyos antecedentes no quiero ocuparme por no ensuciar mi pluma, y porque México, este país al que tanto vilipendía en pago de las consideraciones e inmerecidos beneficios que le prodigó, conoce demasiado su historia y sabe a qué atenerse; un indio, en fin, que blasonando de Príncipe, de cumplido caballero y de escritor juicioso, DIZQUE PARA CUMPLIR con la última voluntad del Monarca que le ordenó escribiese la historia de los últimos sucesos de su Imperio, pretende borrar de una plumada hechos heroicos que han respetado los mismos vencedores republicanos, mancillar la reputación de muchos ameritados Jefes, calumniar a las personas más leales mintiendo descaradamente, ridiculizándolo y tergiversándolo todo, para tener la necia presunción de que el mundo le contemple como el único hombre capaz, según los hechos de que a sí propio se alaba, de haber salvado el trono de la ruina en que se hundió. ¡Cuán sensible es en verdad que el Emperador Maximiliano no hubiera conocido en tiempo más oportuno los elevados talentos del esclarecido Príncipe de Salm Salm!

Lo singular del caso es que como acontece por desgracia en estos lances y según apunté al principio, algunas personas han leído con avidez el denigrante folleto de Salm Salm, llevadas del natural interés que inspira el drama de Querétaro, y no pocas han creído que la verdad pura se desprendía de los labios de quien se ha dicho autorizado para relatarla como testigo presencial. No ha muchos días que un diario de esta capital hacía las mayores recomendaciones de ese folleto; y por lo mismo, cumple a los hombres de honor que intervinimos en los sucesos que refiere y a quienes tan villanamente calumnia, levantar nuestra voz para dar un solemne mentís a ese detractor de la honra de los valientes y leales mexicanos que no perdonaron esfuerzo ni sacrificio por sostener la causa que creyeron justa.

Desde antes de la publicación del mencionado folleto, e invitado por algunos amigos a cuyos oídos llegaron rumores injuriosos a mi reputación, con motivo de la pérdida de Puebla, cuya plaza mande como General en Jefe, habíame propuesto escribir una manifestación de mi conducta, relatando

puntualmente los hechos que pasaron, y apoyando todos mis asertos en documentos irrecusables. Desgraciadamente cuantas constancias pudiera apetecer se perdieron en el asalto de aquella ciudad; y esta circunstancia me había hecho ir aplazando la realización de aquel propósito. Mas he aquí que el folleto de Salm aparece de improviso, folleto en que su traductor en esta capital no tuvo a bien poner siquiera algunas notas que rectificaran ciertos hechos, como el que se refiere a la supuesta traición que me imputa aquel aventurero, asegurando que yo entregué la plaza de Puebla, con lo cual me infama villanamente, y echa por tierra la gloria que, sea lo que fuere de nuestras causas y opiniones políticas, adquirió justamente el General don Porfirio Díaz, tomando a viva fuerza la ciudad que tan heroicamente defendió la guarnición imperial.

He tenido, pues, necesidad de rechazar el ultraje, diciéndome a escribir algunas líneas en defensa de mi honor, y aun antes de adquirir los mencionados documentos que sigo solicitando con empeño para no autorizar con mi silencio los falsos asertos del arrogante Príncipe de Salm Salm. No debo contar ya solamente con el testimonio de mi propia conciencia: otra vez más sagrada, la de Dios mismo, me repite que cuide de mi buen nombre; y a reserva de publicar más tarde los documentos relativos que vengan a mis manos, cedo hoy a la interpelación que me dirigen mis dos apreciables amigos los Sres. Don Ignacio de la Peza y Don Agustín Pradillo en el interesante opúsculo que precede. En él han refutado ya victoriosamente esos dignos militares cuantas mentiras y calumnias ha propalado el aventurero Salm Salm respecto de los sucesos de Querétaro y México, que ni me son del todo conocidos, ni entran en mi propósito. Me ocuparé, por tanto, de lo que atañe únicamente a mi persona y a los sucesos más importantes de Puebla, generalmente ignorados.

Noticias son para los habitantes de Puebla las circunstancias porque atravesaba aquella plaza en los momentos en que yo recibía el mando, como sucesor del General Cadena, que fué llamado a prestar sus servicios en esta Capital, de orden del General en Jefe del Segundo Cuerpo de Ejército. Sería inútil también recordar que, ocupadas como estaban ya casi todas las poblaciones de aquel llamado entonces Departamento, y reducida la acción del Gobierno a cuyo frente me encontraba a la ciudad misma y unas cuantas de las localidades más cercanas, ya en alarma por la proximidad de las fuerzas

republicanas, los recursos de hombres y dinero con que yo pudiera contar, eran de tan escasa consideración, que se necesitaba en verdad un valor, una abnegación y una lealtad probadas, para hacer frente a la difícil y espantosa situación que apresuradamente se venía encima, y cuyos negros colores subieron de punto, no tanto por la huída de los franceses, cuanto por su traidora e incalificable conducta en los momentos de abandonar el territorio mexicano. He dicho que se necesitaban aquellas altas dotes para afrontar tan desesperada situación, no porque tratándose al menos del valor, haga yo del mío el pretencioso alarde que hace del suyo el Príncipe de Salm, sino porque, aunque indigno de mandar aquella valiente guarnición, para la cual sí reclamo la justicia de que se le reconozcan esas estimables cualidades: yo procuré por mi parte, cual lo he hecho siempre en mi larga carrera de cincuenta años de servicios militares, cumplir con mi deber hasta donde me fué posible. Y tengo que consignar de paso, no por una ridícula vanidad, sino porque viene a mi propósito, que a pesar de las enfermedades que me agobiaban y con frecuencia me tenían casi imposibilitado en el lecho, no cesé ni un instante de atender a mis urgentes y penosas obligaciones, dictando cuantas medidas me sugirió la idea de salvar a todo trance la plaza cuya defensa se me confiaba, y aún de cooperar, como se hizo en aquellos momentos, a la formación completa del Segundo Cuerpo de Ejército, con un contingente considerable de hombres y no despreciable material de guerra. Fáltanme por desgracia esos documentos que acreditan con las firmas de mis superiores la verdad de lo que asiento; pero muchos de estos viven aún, y apelo a su testimonio como al de los referidos habitantes de Puebla.

Por aquellos días, como se recordará, hubo otro incidente desfavorable y en cuyo pensamiento político no me ingiero porque no soy como el atrevido Salm Salm, censor de oficio de actos que buenos o malos en sí, al fin pasaron ya y demasiado caro costaron a sus infortunados autores. Refiérome a la rescisión del contrato celebrado con los austriacos: y no porque ella privase a nuestro ejército de aquellos generalmente ineptos y cobardes soldados, que fueron más de una vez la befa de las huestes republicanas, sino porque semejante medida llevaba la añadidura de dejar a aquellos extranjeros en libertad para irse a su país o TOMAR PARTE EN EL EJERCITO, OFRECIENDO A LOS QUE QUISIERAN PRESTAR

SUS SERVICIOS UN ASCENSO de luego a luego. Esto engendró varios males gravísimos y que complicaron la situación; entre otros, la desorganización vandálica de aquellas tropas, que vendieron sus armas, municiones y equipos que tenían almacenados; la pérdida del puente de Tlaxcala, que abandonaron repentinamente antes de la hora en que debían ser relevados, y dejando municiones y artillería de campaña; la elevación repentina e inmerecida de muchos que fueron atraídos por el aliciente referido de los ascensos, y otras muchas calamidades que sería largo referir. Puebla era, pues, teatro de estas escenas desmoralizadoras, y tales eran los funestos precedentes de la situación que iba a seguir?

Juntábase a éstos las exigencias de los franceses. No quiero hablar de su conducta respecto de varios presos que había en las cárceles, de las fuertes sumas de dinero que se hicieron pagar con varios pretextos, como el célebre de los alojamientos con que dejaron casi exhausto el erario, de atentados como los cometían apropiándose cobros de fletes de diversas partidas de carros, que supusieron tener contratados para conducir el material de guerra que habían mandado traer de Orizaba; pero sí debo hacer gran mérito, porque ello contribuye a poner de bulto lo desesperado de aquella situación, del impedimento que pusieron para que la ciudad siguiera fortificándose y poniéndose en estado de defensa en los momentos de su fuga para Veracruz.

Y no sólo entorpecían de esta suerte la acción de las fuerzas imperiales, sino que corrompían con sus seducciones a los pocos extranjeros que se habían comprometido a sostener al Imperio, como sucedió con el Comandante de Ingenieros y el Capitán Van der Linder que desertaron en los momentos de evacuar los franceses la referida plaza. Pero dejemos a estos y a la infamia con que se portaron, perjudicando en otra escala la más elevada la causa que habían venido a defender, y sobre lo cual queda a la historia el consignar los negros cargos que Bazaine, sea lo que fuere de nosotros y de nuestras contiendas, reporta sobre sí. El hecho es, por lo que a mí toca, que con tan contrarios y siniestros elementos contaba para defender en Puebla el Imperio que a gran prisa se iba desmoronando.

No debía parar aquí la pésima situación de la plaza. Evacuada que fué ésta por las referidas tropas, el General en Jefe Don Leonardo Marquez desmembró la guarnición de aque-

lla ciudad. quitándome el 15o. Batallón de línea, en cuya organización había yo puesto todo mi cuidado, y cuyos soldados, al mando del valiente y honrado Coronel Don Juan C. Oronoz, merecían toda mi confianza y la inspiraban plena a la plaza que guarnecían. Mas no sólo se sacó esa fuerza de Puebla, sino que se mandó salir con ella dos baterías de campaña con cuantos artilleros había en la plaza; dando con esto lugar a que en tan crítica situación el enemigo, que por todas partes estaba en movimiento, se acercara sin obstáculo a la referida plaza, donde no quedaban más que trescientos hombres de la Guardia Civil que se habían tomado de leva poco antes y no tenían instrucción alguna.

Consecuente, sin embargo, con mis compromisos de hombre de honor, y deseoso de cumplir con mi deber hasta donde me fuera posible, ordené a las fuerzas rurales de Atlixco, Matamoros, San Andrés Chalchicomula, Tepeaca y otros puntos de menor importancia que viniesen a cooperar a la defensa de Puebla. Y efectivamente, vinieron al mando de pundonorosos y valientes Jefes, aunque muy disminuidas, porque en su mayor parte habían desertado los soldados con armas y municiones. Semejantes esfuerzos de mi parte, lograron a duras penas hacer subir el total de la fuerza que debía defender la plaza, a dos mil infantes y quinientos caballos, sin que se contara con ninguna tropa de artillería.

Con esta fuerza en que estaba incluso el 16o. Batallón de línea, que puedo decir había formado la víspera, tomando de leva en aquellas apremiantes circunstancias a cuantos hombres se podía haber a las manos, vimos comenzar las hostilidades el 6 de Marzo de 1867, día en que se presentó el enemigo por la punta de Amozoc y por el de Cholula, al Oriente aquél, y éste al opuesto viento de la ciudad. En la tarde de ese día he salido personalmente a rechazar al enemigo que se había apoderado de la mencionada garita de Amozoc; y en la madrugada del siguiente se verificó lo mismo con los que ocuparon el pueblo de Cholula, cuya expedición encomendé al General Don Juan Calderón.

A consecuencia del citado comportamiento de los austriacos que guarnecían la ciudad de Tlaxcala, apoderáronse de aquellos lugares fuerzas considerables que llamando constantemente la atención, impidieron atender a los que vinieron por Huamantla a las órdenes del General Don Ignacio Alatorre, y

que expeditaron la marcha de las que por el rumbo de Acatlán vino acaudillando el General Don Porfirio Díaz.

La tormenta venía, pues, por todas partes; todo se conjuraba en contra de la causa que defendíamos, y estaba para sonar la hora en que finalizase el Imperio. Los unos con su mal disimulado júbilo, y los otros con la manifiesta ansiedad y desconsuelo que experimentaban, indicaban claramente cuál era la situación que nos rodeaba. En ella, sin embargo, cumplía a mi estricto deber no omitir ningún esfuerzo. Y la nación toda los vió entonces, como los vió con especialidad la plaza, sitiada en forma y de la manera más estricta por las tropas republicanas de Oriente. Sólo el aventurero Salm Salm, usando de su natural ligereza y de los falsos informes que le ministraron personas maliciosas o que ni presenciaron siquiera los sucesos, se atrevió a confundir éstos o adulterarlos y comentarlos de la manera indigna con que lo hace. Creo, sin ser temerario, adivinar el motivo que tiene para ajar de esa suerte mi reputación y adelante lo indicaré, para no interrumpir esta somera cuanto desaliñada narración.

Desde antes que el sitio se estableciera, y temeroso del éxito, en vista de los miserables recursos con que yo contaba y las noticias cada día más alarmantes de los que tenía a su disposición el enemigo, no cesé de enviar al Ministro de la Guerra y al mismo General en Jefe del Segundo Cuerpo de Ejército, comunicaciones que pintaban al vivo la situación de Puebla, e indicaban muy claro los serios temores de que la plaza se perdiera, si un pronto y eficaz auxilio no nos era enviado para salvarla. A pesar de la incommunicación en que ya estábamos con esta Capital y del gran riesgo que corrían los correos enviados por mí algunos de los cuales se me asegura que perdieron la vida, día por día y algunas veces hora por hora, estuve dirigiendo notas a mis superiores cual correspondía a un hombre de buena fe a quien se destinaba a última hora para aceptar las responsabilidades de tan difícil situación, en la que pedí con instancias casi desesperadas, se me atendiese oportunamente, agregando que la pérdida de Puebla arrastraría consigo al Imperio todo, pues conocida era la importancia de aquella plaza. A todo se me contestaba que me sostuviera a todo trance; y se me daban siempre esperanzas de auxilio que no se realizaron.

Establecido el sitio, nuestra crítica situación se hizo más y más horrible. Las cosas se precipitaban de tal suerte y tanto llegué a dudar del auxilio de México, que fiel al cumplimiento

de mi deber, no tuve más que dictar las disposiciones convenientes para la resistencia hasta morir: si no nos cabía la buena suerte de ser por fin ayudados exteriormente de algún modo. Se me dirá que no pensé en una salida para batir al enemigo. No dejó nunca de ocurrírseme ese pensamiento, pero cuantas combinaciones pudiera hacer, se estrellaban ante la imposibilidad de luchar con éxito con elementos de la clase que tenía; y como militar tengo la conciencia de haber llenado mi deber, no aventurando la causa que defendía al manifiesto peligro que se presentaba, desguarneciendo aunque fuera por unos momentos la plaza de mi mando. ¿Cuál habría sido entonces mi responsabilidad?

Me concreté, pues, a organizar la defensa, como llevo dicho, y todos saben que rechazé algunas veces al enemigo, que de día en día estrechaba el cerco hasta ponerse frente a frente de una acera a otra del perímetro fortificado; fortificación improvisada, como lo fué todo lo de aquellos momentos, incluso la proveduría de municiones de boca y guerra que establecí con la violencia que demandaba el caso, y ya bajo los fuegos del enemigo. No quiero hablar de las enormes dificultades con qué luché para sacar recursos pecuniarios: al leer las anteriores líneas creo que todos se habrán formado cabal idea de las penas que nos rodeaban, y de las medidas más o menos enérgicas que he debido desplegar; para no sucumbir, como no sucumbí en efecto, en los veinticinco días que se prolongó el sitio. Tampoco detallaré todos y cada uno de sus episodios: no es por hoy ésta mi tarea. Basta saber que la valiente guarnición que yo mandaba, a los muy pocos días de comenzar el sitio estaba disminuída de tal suerte con la desertión y los terribles efectos de la guerra, que toda la infantería destinada a la reserva, había sido empleada en las trincheras, desmontada también y empleada en ellas la caballería, y por último, se les habían quitado los grillos a muchos presidiarios para que sirviesen la artillería. El 19 de Marzo habían sido heridos gravemente los Generales Calderón y Prieto y había muerto el Coronel de la Guardia Civil.

Desde este momento la guarnición comenzó a tener mayores y más considerables bajas con armas y municiones, sin que hubiese con que reemplazarlas. Hubo además necesidad de separar de los puntos a los oficiales extranjeros que no sólo no eran comprendidos por la tropa a causa de no hablar su mismo idioma, sino que por su ineptitud y por el mal trato que daban a los soldados, se habían hecho el objeto de su animadversión,

de manera que esas bajas tuvieron que cubrirse con paisanos que se presentaron a servir por opinión, y a quienes se dieron nombramientos provisionales, destinando a los otros al depósito por su inutilidad.

Resentidos éstos como quedaron, no es extraño que hayan difundido las especies que el ligero Príncipe de Salm Salm acogió sin examen y hace valer para calumniarme. Lo mismo que a otros Generales y Jefes más dignos y ameritados que yo, y a cuyas órdenes han venido a militar a México esos hijos del Danubio y de las llanuras de Flandes, esos arrogantes y denodados campeones, que con todo y sus talentos y bizarría, no habrían hecho en Puebla ni en ninguna parte los esfuerzos que hicimos los Jefes mexicanos al frente de la situación a que me vengo refiriendo.

Y ya que a mi pesar me veo obligado a hablar de esos innobles resentimientos, indicaré otro de los motivos que tengo la firme convicción de que indujo al expresado Salm a vengarse de mi persona en los términos que lo hace. Ya en los días que se estableció el sitio de Puebla, se me presentó en aquella ciudad la conocida y no menos romanesca esposa del autor del impreso de que me ocupo, pretendiendo que se le entregara una suma considerable de dinero, que si mi memoria no me es infiel, ascendía a ochenta mil pesos. Un simple papelito que se suponía ser del encargado del Ministerio de Hacienda, era la carta-orden que llevaba dicha señora para recibir nada menos que esa cantidad, fabulosa para aquellos aciagos días. Supuesto lo que he manifestado de los recursos con que contábamos, y cuando en vez de poderlos ministrar, los pedimos a México con insistencia; se comprenderá fácilmente si yo estaría dispuesto a obsequiar los vivos deseos de la señora Salm. Pero aun cuando me hubiera sido posible hacerlo así, ¿pensó acaso dicha señora que yo era tan imbécil o candoroso que desde luego mandara entregar la suma, cubriendo mi responsabilidad con un papelito insignificante y dirigido al Administrador de aquella Aduana? Dejo los comentarios de este hecho a la consideración de mis lectores, y dejo también los de la conducta de esos nobles Príncipes, especialmente del caballero escritor, que al recuerdo sin duda de la justa repulsa que en mi honradez y firmeza encontraron las pretensiones de su consorte, inflamado en cólera ha querido valerse de la ocasión de hablar de Puebla para vengarse de mí, atribuyéndome su pérdida.

Y no me la atribuye como quiera, sino que expone que una

negra traición mía puso la plaza en poder del vencedor. ¡Mentira infame, calumnia atroz que rechazo ante mis compatriotas y ante el mundo! Porque además de que cuento con el testimonio de una conciencia limpia y con el de todos mis antiguos y honrados camaradas que conocen mi modo de pensar y en todas épocas han visto mis esfuerzos, mi lealtad y mis sacrificios, la nación mexicana y el mundo entero saben ya a qué atenerse respecto de la toma de Puebla, puesto que amigos y enemigos, imperialistas y republicanos, han venido a fijar la opinión pública con documentos irrecusables.

Hablando el General Don Faustino Vázquez Aldana de los últimos sucesos de Puebla, en un comunicado que ha visto la luz pública en algunos diarios de esta capital, y en el que al propio tiempo que trata de vindicar al General Don Porfirio Díaz del cargo que se le hacía por los fusilamientos que tuvieron lugar entonces, pretende realzar su gloria por el asalto que dirigió, asienta estas palabras que bastarían por sí solas a vindicarme, proferidas, como han sido por el Jefe de Estado Mayor del Ejército republicano de Oriente.

"No pasaron de 18 (las ejecuciones), dice, llevadas a cabo en el calor del combate, al romper la línea atrincherada de la plaza cuando el enemigo aún se batía enérgicamente en los puntos más fuertes y no era posible poner a los prisioneros en lugar seguro."

"EL ASALTO de Puebla del 2 de Abril de 1867 es una de las páginas más gloriosas y que no tienen precedente en nuestra historia militar. La fuerza republicana, inferior en número, disciplina, armas y municiones, (esto no es cierto) tenía que asaltar, y asaltó posiciones perfectamente atrincheradas y artilladas, defendidas con todas las ventajas y realmente con valor y energía. La operación fué peligrosa, y no podía creerse con sumada; sino con la rendición completa de todos los fuertes en que se apoyaba el enemigo."

También ha venido felizmente en mi apoyo en estos días el folleto que acaba de publicar en Nueva York el entonces General en Jefe del 2o Cuerpo de Ejército, Don Leonardo Márquez en que trata de refutar el que bajo el título de "Últimas horas del Imperio" escribió en París el General Don Manuel R. Arellano. Tengo por providencial el hallazgo de ese cuaderno, en que en la página 97 se encuentra el siguiente documento, que confirma la verdad de cuanto llevo dicho, que pinta nuestra situación en Puebla, y que más que todo prueba con los de-

más sucesos que siguieron, que, lejos de tener yo culpa alguna en la pérdida de la plaza, cumplí con mi deber avisando oportunamente el estado que guardaba a quien me había prometido y podía y debía auxiliarme, para evitar el mal que ya por mí solo no podía remediar. Ese notable documento dice así:

"Ministro de Guerra y Marina.—México, Marzo 26 de 1867.—Exmo. Sr.—El Sr. General Noriega, desde Puebla y con fecha 22 del que cursa, me dice lo que sigue:—'Exmo. Sr?—Ayer tuve la honra de dirigir a V. E. la siguiente comunicación:—'A mi comunicación fechada y cerrada ayer, tengo hoy la honra de agregar a V. E. que se solemnizaron debidamente las prósperas noticias que se sirve comunicarme del interior. El enemigo progresa en sus avances por horadaciones en toda la circunferencia de mi línea, y hoy tuvo que ceder el punto avanzado de la Merced la tropa que lo defendía, lo que puede auxiliarnos a los defensores del centro de la plaza de las dos fortalezas; ya sabe V. E. que tengo dos Generales heridos; muerto el Jefe de uno de los dos únicos batallones de esta guarnición; que mi escasez de jefes, oficiales y todo recurso de defensa es apremiante, pues no es hoy Puebla la del año de 1856; su población es hostil e indiferente: me son indispensables diez mil pesos girados contra Veracruz y aún mis municiones a lo más me alcanzarán para seis días; es absolutamente importante el violento refuerzo que V. E. me promete. Dos guarde a V. E. muchos años. Debo agregar a V. E., que anoche incendió el enemigo una mazana, habiéndose consumido completamente el teatro que en ella estaba construido; sigue su movimiento de circunvalación, y con constancia sus trabajos de oradación. Después de cuatro días de rotos los fuegos ni un sólo peso tengo, ni puedo con-eguirlo: mis recursos todos de elementos terminan y mi situación es desesperada. V. E. se dignara atenderme; también tengo la honra de acompañar a V. E. una de mis comunicaciones del 19 que devolvió el correo empleado, manifestando no haberle sido posible continuar su camino—Dios guarde a V. E. muchos años etc.—El General en Jefe, Manuel Noriega.—E Sr. Ministro de la Guerra". "Y tengo la honra de trasladarlo a V. E., a fin de que como Jefe del Estado Mayor General y del 2o Cuerpo de Ejército, tenga conocimiento de lo que en Puebla pasa, y pueda providenciar aquello que tan críticas circunstancias reunieren y sea posible.—Protesto a V. E. las seguridades de mi distinguida considera-

ción.—El Ministro de la Guerra, PORTILLA.—Exmo. señor General Don Leonardo Márquez, Jefe de Estado Mayor del Ejército.—Presente”.

Tampoco debo hacer del documento que precede comentario alguno, ni mucho menos pretender investigar aquí las causas que impulsaron al General Márquez en el sentido que todos saben. El hecho es que no se me auxilió oportunamente, y que las cosas se desenlazaron de la manera natural y lógica que todos habían previsto. Por lo demás, el mismo señor Márquez (de quien advertiré de paso, aseguraron algunas personas maliciosas o mal informadas, que cuando supo la pérdida de Puebla, se expresó en términos desfavorables a mi conducta, añadiendo según me decían, que trataba de formarme causa si triunfaba el Imperio), hace en su citado folleto la más cumplida vindicación mía en estas brevísimas palabras que desmienten aquellas aseveraciones, y que llenarían de orgullo a la persona más modesta: “El 11 de Abril de 1867, dice, Puebla había sucumbido después de una DEFENSA heroica y PROLONGADA: las mejores tropas de la guarnición de México que habían salido en auxilio de Puebla, volvían a la capital en el estado triste que antes he dicho, etc., etc.”

Véase cómo mis correligionarios y enemigos de aquella época juzgaron de mi conducta, sin que nadie se hubiera atrevido a manchar mi reputación, hasta que plugo hacerlo al calumniador y vengativo Salm Salm.

¿Y qué motivos tenía para traicionar, quien no ha desmentido durante su larga carrera una lealtad y honradez profundas, ya que el cielo no se ha dignado otorgarle otras dotes estimables reservadas sólo a los genios militares? ¿Qué tentadores alicientes, qué perspectiva seductora tenía delante de los ojos, para cambiar repentinamente los sentimientos de mi corazón, y convertirme a mi avanzada edad en un criminal y vil traidor, que arrastrase por el fango mi nombre y las honrosas divisas de General, que llevo ha 30 años? El terror de la situación no era desde luego el que impulsaba a cometer tal infamia, a quien, no obstante lo espantoso y desesperado de aquella, cumplió con su deber hasta los honrosos términos en que se expresan amigos y enemigos, testigos presenciales y no de oídas como el aventurero Salm. Sin abrigar la presunción de que se me tenga por valiente, pero sí con la idea de que se me haga la justicia de creer que siempre cumplo con mis obligaciones, aún en medio de los más graves

peligros, me permitiré recordar, que cuando en los días más aciagos de Puebla, mis enfermedades se exacerbaban hasta el grado de que el señor Doctor Don José Justo Jofre me prohibió tomar parte en las fatigas del empleo; porque mi existencia estaba seriamente amenazada por los referidos males, y cuando auxiliados por aquella casualidad, algunos descontentos e intrigantes querían hacerla valer a mis propios ojos para que me separase voluntariamente del mando, resignándolo en la persona de mi digno compañero e infortunado amigo el General Don Febronio Quijano (sacrificado el día del asalto), yo rechacé, indignado, aquellas sugerencias ofensivas a mi honor y que vulneraban la disciplina, me sobrepuse a mis dolencias y hasta me pareció que cobraba nuevo vigor y más energía a la sola idea de que algún día se me echase en cara un acto de cobardía, en circunstancias en que la causa encargada a mi defensa estaba más amenazada de muerte que su mismo defensor.

Y en cuanto al triste fruto que pudiera sacar de esa supuesta traición, puesto que nadie es arrastrado a la maldad sin que un interés de cualquier género le impulse, ¿dónde se hallaba, quién me lo prometía, porqué no disfruto hoy, si esto se llama disfrutar de las ventajas que semejante crimen debió haberme producido? Se necesita estar destituido de razón, o ser tan ligero como Salm, para suponer que el General en Jefe de las fuerzas republicanas de Oriente no comprendiese una de dos cosas: o que la guarnición de Puebla en el estado en que se hallaba y sin recibir oportunamente el auxilio de México, tenía que sucumbir en breve, en cuyo caso era no sólo inútil sino perjudicial a la gloria militar del señor Díaz el valerse del indigno medio que refiere Salm; o que si el referido auxilio llegaba oportunamente, no quedaba al sitiador otro recurso, supuesta nuestra decisión, corroborada por la esperanza de ese pronto auxilio, de cuya idea ya teníamos noticia, que cerciorarse de su proximidad para decidir entonces el levantamiento rápido del campo, no sin hacer antes la postrera y más desesperada tentativa por apoderarse de la ciudad. Y esto último es lo que se ha hecho, en los momentos mismos en que se veía claramente que era imposible seducir a la guarnición de Puebla, que con repique a vuelo y otras muchas demostraciones de regocijo, acababa de celebrar la noticia de la aproximación del refuerzo, y por consiguiente la morai de la tropa se había reanimado considerablemente.

Se necesita también no tener sentido común para suponer que yo en aquellos momentos en que ya casi soñaba con el triunfo cambiase repentinamente de ideas y me dejase llevar por el viento de la ambición de los honores, (suponiendo que después de tal infamia yo pudiera ser honrado), por la sed de oro o por cualquiera otro motivo igualmente inoble.

Nadie me lo propuso en verdad, pero si así hubiera sucedido, habría tenido la dignidad que tuve, por ejemplo, en la época del señor Presidente Comonfort, que me ofreció el mando de una División para ir a atacar a esa misma ciudad de Puebla, en que una parte del Ejército se había pronunciado contra el gobierno de dicho señor, y habría rehusado, como rehusé entonces, las ventajas de tan elevado empleo, prefiriendo a todos los honores adquiridos por ese medio la honrosa contestación que me dió aquel Presidente, y cuyos términos no refiero porque no se me arguya de vanidad.

Se comprenderá, por otra parte, que quien así piensa me nos dejaría ganarse por dinero. ¿Y en dónde está este, pues to que me fué ofrecido y yo lo acepté en pago de mi traición? Faltaría a mi propósito y haría inacabables estas líneas, si, como dije al principio, me pusiera a relatar la historia de los sufrimientos, lágrimas y desventuras de mi familia, no menos que las penalidades que yo he sufrido, y la constante y dura pero honrosa pobreza en que me hallo desde la época que nos ocupa. ¿Y cómo pues, si he debido recibir ese oro, me rodeó desde entonces tal situación? No quedan así por cierto los miserables que cometen el crimen de que el infame Salm se supone autor.

Pronto olvidó asimismo éste, que al quedar yo también prisionero con un puñado de Jefes, Oficiales y tropa en los cerros de Loreto y Guadalupe, iba a correr, como muchos otros de mis desgraciados compañeros, la triste suerte de ser pasados por las armas; me he hallado, pues, a punto de sellar con mi sangre la causa de mi lealtad, cual otros, cuya tierna memoria guardo, lo efectuaron. Mas repentinamente el General Díaz, a quien me complazco de tributar por medio de estas líneas el voto más sincero de mi gratitud, usó de la clemencia que todo el mundo conoce, y merced a la cual no subimos al cadalso. ¿Pretenderá acaso el Príncipe de Salm fundar mi supuesto crimen en ese rasgo generoso que nos salvó la vida? Pero entonces, habría en el mundo tantos de esos supuestos criminales, cuantos en el seno de las naciones civilizadas han

sido objeto de la generosidad de los vencedores; y en tal caso, el mismo Príncipe de Salm, que pudo haber sido fusilado en Querétaro y no lo fué, es del número de esos soldados que, porque no han muerto en la contienda ni en el patíbulo, son traidores a su causa, según la exquisita lógica de ese cronista del Imperio.

He concluído por ahora mi tarea. ¡Ojalá que no hubiese tenido necesidad de emprenderla y que tampoco me fuera preciso ocupar en otra ocasión la atención pública! Pero ante las exigencias del honor ultrajado, ceden todas aquellas consideraciones que hacen de ordinario callar a los hombres que es tan convencidos como yo, de que no todos caminan en la senda que les marca la Providencia. Quiere esto decir que mis compatriotas no vean en estas líneas el deseo de figurar como escritor, a vuelta de la satisfacción que me causa el vindicarme como lo hago. ¡Sí, me causa satisfacción! Y ésta se multiplica cuando considero que formando esta pequeña defensa de mi persona, a continuación de la muy juiciosa y razonada de los señores Peza y Pradillo, presto mi débil cooperación a la defensa misma de mi Patria, tan calumniada por algunos ingratos extranjeros en las personas de muchos estimables y dignos hijos suyos, a quienes la historia hará justicia algún día, cuando la mano del tiempo haya borrado las huellas de las pasiones.

México, Diciembre 31 de 1869

MANUEL NORIEGA.